

NOTAS

1. José Manuel Naredo (2003), *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*. Siglo XXI, Madrid.

2. Jacques Grinevald (2006), «Georgescu-Roegen: Bioeconomía y biosfera». En Colectivo Re-

vista Silence, *Objetivo decrecimiento. ¿Podemos seguir creciendo hasta el infinito en un planeta finito?* Leqtor Discrepancias, Barcelona, p. 76.

3. Franz Hinkelammert (2005), *Solidaridad o suicidio colectivo*. Universidad de Granada, Granada, pp. 119 y 122.

UN COMENTARIO SOBRE *RAÍCES ECONÓMICAS DEL DETERIORO ECOLÓGICO Y SOCIAL. MÁS ALLÁ DE LOS DOGMAS*

Miren Etxezarreta

Éste es, por ahora, el último libro de Naredo. Consiste en una especie de compendio del pensamiento sobre el tema que ha acumulado en sus muchos años de trabajo y de su vasta obra publicada. Interpreto que es una apretada síntesis para un público amplio de las principales ideas que ha reunido durante sus muchos y fructíferos años de dedicación al tema de la ecología y de la crítica a la economía. Cuando al socaire de la popularización del tema ecológico, surgen ahora, casi como las setas, tantos ecologistas de última hora, es sugerente tener la oportunidad de conocer la síntesis de su propio pensamiento de uno de los pioneros en este tema en el estado español. Sólo por esto ya es un libro interesante.

Podría decirse que en este trabajo se integran y articulan inextricablemente (por lo menos) tres importantes líneas de argumentación: su tratamiento del tema ecológico, su crítica a la economía ortodoxa, y al mismo tiempo, una revisión panorámica sobre la etapa actual del capitalismo, especialmente en su vertiente financiera. Lo que enriquece y blinda metodológicamente su trabajo, al mismo tiempo que muestra la soli-

dez de sus conocimientos y su erudición. Pero, al mismo tiempo, en algunos capítulos esta precisa fundamentación se convierte en una especie de digresión de los argumentos esenciales, lo que dificulta el seguir las líneas principales de su razonamiento y, por lo menos a mí, me hace sentir incapaz de sintetizarla en una dimensión viable (mi primer intento tiene 36 páginas). Para quien quiera conocer lo que Naredo dice en esta obra, es imprescindible su lectura directa. Por otra parte, para muchos de los lectores de estas líneas los planteamientos básicos de Naredo son probablemente suficientemente conocidos como para no necesitar una descripción detallada de los mismos. De modo que obvio incluso un intento de síntesis y me dedicaré exclusivamente a comentar sobre algunos puntos que me parecen de mayor interés por su novedad o por presentar aspectos que, a mi juicio pueden ser controvertidos. Lo siento si el lector no comparte mi criterio y hubiera preferido una recensión más convencional.

En el libro de Naredo está casi todo. Quiero decir que se tratan muchísimos de los temas que me parecen importantes y cla-

ves para una comprensión del tema ecológico y de la sociedad actual. Integrando la economía, la ecología y la etapa actual del capitalismo, en particular en su vertiente financiera, el autor hace un análisis de lo que considera los principales elementos y relaciones que conducen a la situación ecológica actual.

En su primera parte, desvela las enormes deficiencias de la economía convencional para integrar los temas ambientales y propugna un enfoque eointegrador, muestra las falacias que permiten mantener el tema ambiental dentro de la economía convencional, explora el metabolismo de la sociedad industrial, y lo enmarca en la dinámica actual del capitalismo, especialmente en sus aspectos financieros, para lograr una explicación de la inviabilidad del desarrollo actual y de las enormes desigualdades territoriales y sociales que el sistema actual implica.

En esta parte me han interesado particularmente su enérgico argumento contra la idea de la creciente desmaterialización de las sociedades actuales, que no sólo considera errónea, sino «deliberadamente inducida para eclipsar las preocupaciones que deberían contribuir a que tal desmaterialización se produzca realmente con generalidad» (56). Asimismo, es muy sugerente su análisis de lo que supone un enfoque que «utiliza el razonamiento monetario como guía suprema de la gestión» (66), basado en la producción y el crecimiento, ignorando el coste de adquisición y de reposición, causa, para él de las desigualdades territoriales; lo que completado con la dinámica financiera actual «permite a los países más ricos y poderosos posibilidades de financiación que van mucho más allá de lo que les permitiría el comercio, ampliando considerablemente su capacidad de compra sobre el mundo de los ricos y, por ende, el flujo neto de energía y materiales que reciben desde el resto del mundo, que les ayu-

da a cuidar la calidad de su medio ambiente local. Pero la “globalización” de la extracción y el comercio de recursos traen consigo el alcance también “global” de los residuos, que, a diferencia del modelo anterior trasciende la escala local. Produciéndose así una globalización de las extracciones e impactos destructivos y contaminantes de la especie humana sobre el planeta, que corre pareja a las globalizaciones económico-financieras y militares que la apuntalan y promueven» (95).

El análisis de Naredo en esta primera parte desvela importantes aspectos de la realidad actual y de la situación del tema ecológico, con una amplia interpretación crítica, tanto de la misma como de la ciencia económica en que se apoya, que no puedo menos de alegrarme de que sean hechas y que comparto. Celebro una gran parte de sus afirmaciones parciales, las podría hacer mías sin dudar y me satisface grandemente que una persona del prestigio de Naredo las plantee una vez más. Son necesarias, importantes, interesantes y muy oportunas en la coyuntura actual.

Pero no me queda más remedio que decir también que, en el capítulo de conclusión a su primera parte, me ha resultado difícil entender las posiciones de Naredo. Inicia el capítulo con lo que se puede interpretar como una defensa del *statu quo*, continúa con una alabanza a ideas muy liberales y, al final del capítulo realiza unas recomendaciones, en mi lectura, muy alejadas de estos dos primeros aspectos. Me resulta muy trabajoso reconciliar estas distintas posiciones.

Afirma «Cuando la práctica totalidad del planeta ya ha sido apropiada, el problema ecológico no estriba tanto en *socializar, redistribuir o privatizar esa propiedad*, como en establecer unas reglas del juego que faciliten la conservación del patrimonio natural, *cualquiera que sea su titularidad* en vez de su acelerada explotación-destruc-

ción, practicada hoy tanto por particulares como por empresas o administraciones de índole diversa... (mis cursivas). Se trata que el sistema económico actual “coevolucione” hacia un sistema eointegrador, que reconcilie la utilidad y el bienestar propugnados por la economía con la estabilidad analizada por la ecología... La cuestión clave es si esa “coevolución” se produce o no». (99) Y expone cómo sería la sociedad industrial reconvertida hacia el modelo de la biosfera, de una forma que me ha parecido un sistema meramente mecánico, sin la presencia de instituciones sociales y en el que para nada aparecen los agentes que toman las decisiones mayores en la sociedad. Para él esta evolución depende que se replantee el modo de *gestión* imperante, pero añade «las entidades encargadas de velar por un sistema monetario internacional que se revela incompatible con la estabilidad, no sólo ecológica, sino financiera, no piensan en cambiarlo» (101).

En este párrafo parecen quedar claras las prioridades de Naredo: «la conservación del patrimonio natural en vez de su acelerada explotación-destrucción», así como su aceptación en toda regla del *statu quo* respecto a la propiedad y distribución de la riqueza social: «cualquiera que sea su titularidad». El único problema es que se produzca o no una «coevolución» hacia un sistema eointegrador «que facilite dicha conservación». No se puede objetar a una opción personal, pero me pregunto si es posible tratar a la propiedad y la distribución que de la misma resulta, como elementos no relevantes para avanzar hacia la «eointegración». En el mejor de los casos me parece una deficiente identificación de las raíces del problema, que sólo puede dificultar una genuina solución.

Se adentra a continuación en una especie de apología del liberalismo, que me resulta difícil de situar tras los capítulos anteriores y de aceptar en este autor.

Me sorprende enormemente cuando al considerar las alternativas se manifiesta en contra del intervencionismo y mantiene que «el ejercicio de la libertad se facilita con el establecimiento de reglas de juego aplicables para todos, cuya inequívoca claridad permita a la vez reducir los conflictos y las arbitrariedades (y desigualdades) fruto del actual intervencionismo...» (102).¹ Y que «Precisamente para evitar el intervencionismo de los bancos centrales y las crisis financieras...» no le parezcan mal algunas recomendaciones de los teóricos del liberalismo, aun señalando que son las de Mises, Hayek y Friedman; quiero suponer que porque cree que «el capitalismo hegemónico hace un uso oportunista de las ideas liberales» (101). Tanto su comentario sobre la tasa Tobin, así como su referencia a la distracción de los movimientos antiglobalización que luchan por el antiliberalismo en vez del capitalismo —que comparto— no me parece que obligan necesariamente a aceptar la bondad de las recomendaciones de los liberales más extremos. Ideas, además, contradictorias, ya que frente al liberalismo con el que parece simpatizar pide que «se realicen sólo inversiones de gran seguridad». ¿Cómo se asegurará de esto en dicho régimen liberal?

Sorpresa mayor porque Naredo, que entiende perfectamente el poder del capital —«El mero hecho que los paraísos fiscales, donde los capitales escapan a las reglas establecidas por los estados y los organismos financieros internacionales, gocen de buena salud es algo tan vergonzoso como revelador de la supeditación de los estados y organismos internacionales a los intereses del capitalismo transnacional»— (106), propugna que con el objetivo de evitar «la socialización de pérdidas y privatización de beneficios a una escala sin precedentes» (104) se podrían contemplar desde la reimplantación del patrón oro, en un extremo, hasta la permisividad en la creación de di-

nero, controlada por un verdadero Banco Mundial «a fin de conciliar la libertad de empresa con la necesidad financiera sin necesidad de organismos estatales o internacionales de intervención y salvamento» (105), pronunciándose, por «soluciones transparentes y consensuadas al más amplio nivel, que mantengan al menos un equilibrio coherente entre regulación y medios de intervención: a más regulación se necesitarían menos medios de intervención y viceversa».

A mi juicio el problema de estas propuestas, independientemente del juicio técnico que puedan merecer las mismas y en el que no entraré, no reside en que «el problema estriba en que estas propuestas son escasamente conocidas» (103), sino que su realización supondría el hundimiento de lo que supone el capitalismo actual, que es algo que en ningún momento estudia este autor. En este apartado Naredo aparece con opiniones de un acendrado individualismo no sólo contrarias a la intervención pública, sino aparentemente convencido de que es ésta una de las principales razones del problema, casi emulando a Friedman y Buchanan.

Más adelante en el mismo capítulo, sin embargo, vuelve a su línea más general, alejada del liberalismo de los párrafos precedentes. Sitúa la responsabilidad de la situación en la expansión financiera «La pretensión de avanzar hacia un mundo social y ecológicamente más equilibrado y estable sin cuestionar las actuales tendencias expansivas de los activos financieros, los agregados monetarios y la mercantilización de la vida en general es algo tan ingenuo y desinformado *que raya en la estupidez* (mis cursivas) «[...] no cabe corregir de forma significativa «el problema ambiental» sin modificar las reglas del juego que hoy orientan el comercio y las finanzas del mundo y sin cuestionar la mitología del crecimiento que las ampara. Ya que ambos generan, distribuyen y orientan la capacidad de compra

sobre el planeta que mueve la extracción de recursos y la emisión de residuos característica de la sociedad industrial, ocasionando el creciente deterioro ambiental» (106). «En cuanto al comercio... replantear en su raíz los propios criterios de valoración vigentes, especialmente con un sistema de valoración energética global y la voluntad de utilizarlo para corregir los criterios de valoración». Además, en sus propuestas de cambio presupone que éstas modifican la idea de sistema económico, de crecimiento, de desarrollo, de calidad o nivel de vida, y reconoce que sólo se darán si hay presión social. Me parece difícil conciliar esta parte con su fuerte defensa del liberalismo en los párrafos anteriores. Cuando se refiere a «cambiar las reglas del juego», me figuro que no está propugnando una evolución hacia el liberalismo.

Probablemente son las deficiencias de mi lectura, pero la verdad es que me resulta confuso y contradictorio, casi como si fuera un capítulo que se ha deslizado en este lugar inadvertidamente, y no sé realmente cuál es la verdadera posición del autor.

En la segunda parte, que adecuadamente titula «Sobre la persistencia de los dogmas» revisa, efectivamente unos cuantos elementos base de la economía y de la ciencia convencional, y añade un capítulo sobre el desarrollo económico español. Inicia esta segunda parte preguntándose, «¿qué es lo que hace que triunfen y se mantengan inmunes a la crítica determinadas ideas y modos de pensar a la vez que otros se ven arrinconados?, ¿cuáles son —en suma— los mecanismos que gobiernan la *selección social* de ideas y planteamientos triunfantes?» (114).

Interesante el capítulo dedicado al análisis de «la tendencia a conformarse con el *statu quo*... que se ve apuntalada hoy, no tanto por la fuerza bruta como por la dependencia económica, que contribuye a mantener la sumisión y la deferencia en el

trato hacia los ricos y poderosos» (116) lo que hace mediante el análisis de las relaciones que ligán la ideología, el lenguaje y la percepción de la realidad. Sobre ellas llega a la percepción que «los poderosos consiguen imponer sus metáforas para avalar decisiones y acciones concretas construyendo un lenguaje racionalizador muy sutil que «encubre las contradicciones y conflictos que alberga la realidad» (143), y que, a través tanto de la manipulación del lenguaje como la represión de las reacciones críticas y reivindicativas de las personas logran, en suma, «el funcionamiento normal del proceso social que asegura la adaptación y la sumisión, sin especiales medidas coercitivas respecto a la mente» (144, Marcuse, citado por Naredo).

En el ámbito de la economía, explica que los trabajos más específicos sobre el tema no alcanzan a tocar las cuestiones de fondo o los que lo hacen son ignorados. Ignorancia que no es fruto de ninguna confabulación expresa, sino que resulta del comportamiento normal del mundo académico. (149). Añade que, «El problema estriba en que la mera especialización en el estudio del lenguaje, de las ideas... o del evolucionismo no conduce por sí misma a trascender la *dogmática económica* imperante» (148). Sí, la mayor o menor aceptación académica de textos que impugnen y reorienten el panorama económico actual dependerá en buena medida del peso que tengan las corrientes críticas en la sociedad.

Dedica el resto de esta segunda parte a la revisión crítica, de los conceptos de trabajo y desarrollo en dos amplios capítulos, a los cuales no puedo hacer justicia aquí. Aunque trata aspectos de gran interés no puedo detenerme en ellos, señalando sólo que, en uno, plantea la evolución del concepto de trabajo y la construcción ideológica que supone el concepto actual de trabajo, y en el segundo, insiste en una de sus ideas —fuerza recurrente que es la inviabilidad

del desarrollo económico generalizado para toda la humanidad. Concluye esta segunda parte con el capítulo dedicado al desarrollo económico español en el que aplica de forma muy sugerente su análisis anterior acerca del metabolismo de las economías industriales y sus consecuencias, proporcionando interesantes ideas sobre su trayectoria y perspectivas.

En general los planteamientos de Naredo, en su mayor parte ya conocidos por su obra anterior, me han interesado mucho de nuevo, y repito que tomados aisladamente, tengo que decir que comparto una gran parte de sus explicaciones y afirmaciones. En este sentido doy la bienvenida a su nueva obra, felicito a su autor por la misma y espero que sea ampliamente comentada.

No obstante, encuentro en este trabajo, también, algunos aspectos importantes tratados de forma que me impiden mostrar hacia el mismo el entusiasmo que me hubiera gustado expresar. Ya he señalado antes mi sorpresa ante algunos de los planteamientos que aparecen en la primera parte, pero realizaré a continuación algunos comentarios de carácter más general.

Encuentro en este libro una fuerte reticencia a entrar de lleno en un análisis y una crítica del *sistema económico-social*, como tal sistema. A pesar que el concepto de sistema económico es fuertemente denostado por él, el análisis del mismo parece que se queda siempre en el límite de ciertas fronteras. La frontera que supone la referencia clara a un sistema capitalista explotador de las personas y depredador de la naturaleza. Hay, por supuesto, múltiples referencias al capitalismo, al juego del poder y los poderosos, a las empresas transnacionales, a la dependencia de unos sujetos, a los depredadores y las presas, pero al mismo tiempo una clara inhibición a profundizar en las causas últimas de todos estos elementos. Y escasas referencias a los agentes económicos y sociales que detentan la capacidad de

tomar decisiones que afectan la vida de partes importantes de la población o incluso del conjunto de la humanidad, así como a sus objetivos y motivaciones.

En su trabajo no se trata tanto del sistema capitalista como base de los problemas a los que se hace referencia, sino que es mayormente la expansión financiera de la etapa actual del capitalismo su causante: «el sistema financiero amplifica la polarización social y territorial, al ofrecer a las entidades y los países más ricos y poderosos posibilidades de financiación que van mucho más allá de lo que les permitiría el comercio [...]» (69). «Se trata de cuestionar las actuales tendencias expansivas de los activos financieros, los agregados monetarios y la mercantilización de la vida en general... Los críticos del sistema actual deberían aunar sus protestas con propuestas para replantear el sistema financiero mundial con nuevas reglas del juego e instituciones capaces de gestionarlo desde puntos de vista más elevados que los del negocio de las corporaciones transnacionales y los intereses de los actuales grupos y países beneficiarios» (107). Si se puede mejorar la gestión de ésta (sus referencias a sistemas de control monetario) los problemas podrían resolverse sin una mayor transformación de las relaciones de fondo.

De aquí también su énfasis en la importancia de la gestión, especialmente de la gestión financiera, mientras que explícitamente está dispuesto a ignorar la importancia de la propiedad y la distribución. Tampoco se pregunta qué es lo que lleva a las razones por las que, según él, esa gestión es tan deficiente, cuáles son los criterios por los que la gestión es la que es. Menciona «el razonamiento monetario como guía suprema de gestión» y sus consecuencias respecto a considerar sólo los costes de producción e ignorar los de adquisición y reposición, pero no lleva más lejos su argumento, y, desde luego no establece ninguna

relación entre ésta «guía de gestión» y la propiedad del capital.

Quizá por ello los aspectos sociales no reciben tanta atención como podría esperarse del título del libro. En éste se refiere al deterioro ecológico y social, pero me parece que es un libro sobre ecología y la disciplina de la economía —que ya es mucho—, pero que sólo concede una importancia muy subordinada a lo social. Es verdad que en el texto casi siempre se añade «social» al desequilibrio «territorial» pero no hay ningún tratamiento un poco más detallado de este tema, sino que, al contrario, la otra mención explícita es a que «la distribución no es relevante», acerca de la que ya he comentado más arriba.

Respecto a la distribución hay también otro elemento a comentar: una de las ideas-fuerza de Naredo, en este libro y desde hace muchos años, es la inviabilidad física de un desarrollo «a la occidental» para toda la humanidad. Idea que es imposible no compartir. Ahora bien, si se está de acuerdo en la imposibilidad de este tipo de desarrollo, me parece que aceptar este punto requiere, a mi juicio inmediatamente, pero en cualquier caso, en alguna parte de su trabajo, plantearse la problemática de lo que supone el «no desarrollo». En otras palabras, si el «desarrollo» actual de los ricos no es posible para todos, ¿cuál es la situación de los «no desarrollados»? ¿qué hacer con los pobres? Me inquieta que en este libro, que seguro será influyente, ni siquiera se mencione que una situación de «no crecimiento» obliga inevitablemente a plantarse el tema de la distribución de la riqueza mundial. Es curioso y preocupante, que tantos ecologistas que comparten la posición acerca de la imposibilidad del desarrollo generalizado ignoren el tema de la distribución y no se posicionen frente al mismo. Hecho de menos a Harich (que Naredo no cita en su bibliografía) que, si bien planteaba un sistema inviable con la correlación de fuer-

zas del mundo actual, y que incluso podía no parecer deseable a muchos, enfrentó valientemente este tema, dedicándole cuidadosa atención.

Los aspectos políticos, institucionales, sociales, reciben muy somero tratamiento, si alguno. Excepto para denostar el intervencionismo, el Estado se menciona poco, posiblemente porque se considera que ha sido superado por las empresas transnacionales, pero no me parece una razón suficiente, pues son todavía agentes muy relevantes en las decisiones económicas. Tampoco aparecen las políticas. Por el contrario, al referirse a las relaciones económicas internacionales los sujetos son siempre «los países»; sólo alguna vez, pocas, hace referencia a las empresas transnacionales, pero para nada ahonda en su papel en la economía mundial. Ya he señalado que es curioso que haciendo frecuentes referencias al dominio, a los poderosos, a los ricos y los pobres, al capital financiero, no haga ningún intento en explicarse el papel de los distintos agentes, la existencia de estas diferencias y grupos. En general, presenta la sociedad como un conjunto homogéneo de seres sin diferencias de poder, con muy frecuentes referencias a «la humanidad». No le pido al autor que utilice el concepto de clase para su análisis, pero sí que tenga en cuenta que en la humanidad hay poderes muy distintos, relevantes para el análisis que él pretende realizar.

Otro de los aspectos que me produce cierta incomodidad es su planteamiento acerca del poder de las ideas y del conocimiento. Parece que para él, el problema principal es no poder ni querer ver las alternativas porque tienen las mentes embotadas por la mitología imperante. «Son las trabas mentales las que impiden concebir y elaborar nuevos marcos institucionales capaces de reorientar las formas de propiedad, de valoración mercantil, de útiles financieros, de relación laboral y de protección social».

(229). Me parece que hay mucho más que trabas mentales, más bien intereses económicos muy poderosos, en los problemas para la construcción de nuevos marcos institucionales.

Es verdad que el dominio en el mundo de las ideas está siendo crucial para lograr la aceptación conformista del sistema en el que vivimos, y en esta parte su crítica me parece muy válida. Pero también escribe como si el mero cambio de las ideas y la mejora del conocimiento pudiera cambiar el mundo, aunque es demasiado honesto para no verse obligado en algunas ocasiones a afirmar que esto no es suficiente: «El problema estriba en que la mera especialización en el estudio del lenguaje, de las ideas... o del evolucionismo no conduce por sí misma a trascender la *dogmática económica* imperante. Así, la mayor o menor aceptación académica de textos que impugnen y reorienten el panorama económico actual dependerá en buena medida del peso que tengan las corrientes críticas en la sociedad» (148). Pero incluso en estas ocasiones no se adentra mucho en el tema y la importancia de los poderes y los intereses, sobre todo económicos, pero también políticos que están tras estas decisiones no son muy tratados. Creo que las ideas son fundamentales para un cambio social, y he dedicado toda mi vida a luchar en el campo de las ideas, pero eso no me lleva a pensar que las ideas solas pueden ser agentes principales de transformación. En algún punto Naredo señala que «las entidades encargadas de velar por un sistema monetario internacional que se revela incompatible con la estabilidad, no sólo ecológica, sino financiera, no piensan en cambiarlo» (101), lo que es una pequeña muestra de su conciencia de que no sólo es cuestión de ideas o conocimiento, pero no me caben aquí las otras muchas citas en las que parece creer que un cambio en las ideas es capaz de cambiar la situación.

Me parece que esta reticencia suya de penetrar en el fondo del sistema tiene también una incidencia en el lenguaje que utiliza. Sus expresiones son muy moderadas, o, en términos más modernos, políticamente correctas, lo que a menudo le hace ser bastante críptico. ¿Por qué se refiere siempre al razonamiento monetario «la sociedad actual utiliza el razonamiento monetario como guía suprema de la gestión» (66), cuando se está refiriendo a la búsqueda descarnada del beneficio? ¿Por qué habla de «civilización industrial en vez de capitalismo»?² La palabra beneficio creo que aparece una o dos veces en el texto, y no he encontrado ni una sola referencia a la concentración y acumulación del capital. De hecho, tampoco la palabra capital es de las que se utiliza con mayor profusión, y no recuerdo haber leído la palabra especulación a pesar del amplio papel concedido a la globalización financiera. Asimismo en el último capítulo «nuestro país ha pasado de ser un vendedor neto de la propiedad de empresas nacionales al resto del mundo a convertirse en un comprador neto del patrimonio empresarial del resto de los países» (238), ¿no sería más sencillo referirse a la compra de empresas por capital extranjero o a las salidas de capital «nacional» para comprar empresas, que tan largos circunloquios? Cuando señala que para «sacar partido de todos estos enfoques... hay que relativizar la lógica unidimensionalmente monetaria...» (138). ¿Qué significa esta expresión? ¿Quiere decir que tendrá que ponerse en cuestión la búsqueda del beneficio como objetivo principal de la vida económica? ¿Hay alguna razón para tanto eufemismo?

En resumen, en mi opinión, en este libro Naredo, continuando con una tarea iniciada hace muchos años, trata del tema del ecologismo situándolo en una amplia crítica de la sociedad actual, y especialmente de sus aspectos financieros, así como de las graves limitaciones de la ciencia económi-

ca convencional y su falaz tratamiento del tema ecológico. Es un libro de una enorme riqueza de planteamientos. Aborda casi todo lo que hay que decir y, tomados uno a uno, me parecen muy interesantes y, en su mayoría, acertados. Pero, al mismo tiempo, todo el tiempo se percibe que hay algunos territorios en los que rehúsa entrar, especialmente respecto a cuál es el sistema económico que causa todos estos desastres, una especie de reticencia para hablar del capitalismo y, sobre todo, para hablar de la esencia del capitalismo que constituye la explotación del hombre y la naturaleza por el capital. Ahí me parece que hay muchos rodeos y eufemismos, cuando no fallos de identificación serios.

Cuando llega a las soluciones «en la medida en que prospere la percepción de la realidad a partir de las metáforas parasitarias y depredadoras a las que actualmente responde, prosperará también la posibilidad de ponerles coto (de nuevo la fuerza de las ideas) y la voluntad de personas que no quieren jugar el papel ni de depredadoras ni de presas» (y la ignorancia de las cuestiones de poder). (230) Me parece una visión bastante limitada y posibilista, lo que probablemente quizá sea una virtud operativa, pero encaja bastante mal con muchos aspectos de su crítica y la realidad de los poderes fácticos.

Los aspectos que menciono, son para mí inquietantes, porque a reserva de los muchos aspectos de gran validez crítica que plantea, de la abundancia y riqueza de sus argumentos, éstos pueden dejar al lector, sobre todo si éste es un lector de primera instancia, con ideas que, a mi juicio, son erróneas acerca de la dinámica social y la distribución del poder y la riqueza en la misma. Un mucho de cal pero también bastante de arena, que puede hacer que el edificio crítico que pretende construir tenga muchos elementos válidos, pero fundamentos no tan sólidos como los que cabía esperar.

Barcelona, marzo 2006

NOTAS

1. Que son precisamente las reglas que intentan imponer los adalides del neoliberalismo como Friedman o Buchanan.

2. Me figuro que lo hace para englobar a países que sin ser capitalistas pertenecen a la

«civilización industrial» como la URSS en su día, o actualmente China, pero él ya deja muy claro en ciertos puntos que la URSS pertenecía al mismo paradigma industrial que el mundo occidental.

OTRA ECONOMÍA ES POSIBLE

Manuel Santos Redondo*

20 años después de publicar *La economía en evolución* (1987) y bastantes más desde *La evolución de la agricultura en España* (1971) los balances energéticos que llevó a cabo con Pablo Campos (1980), Naredo publica ahora un libro destinado a un público amplio, y que de alguna manera compendia muchas de sus investigaciones anteriores. A pesar de la amplitud de los horizontes del autor en sus investigaciones, creo que existe una coherencia y unidad en todas ellas: la necesidad de utilizar, junto a los instrumentos convencionales de análisis económico, otras mediciones, muchas veces en unidades físicas, y con esa información tomar después decisiones políticas. Esos trabajos prácticos nos aclaran mucho las propuestas concretas de «enfoque ecointegrador» que se defienden de forma genérica como conclusión de la crítica al sistema económico. Además, en la trayectoria del autor, primero fueron los trabajos de economía aplicada y su labor como Estadístico Facultativo y luego sus reflexiones

más generales sobre la ciencia económica. Creo que siguiendo en parte esa misma trayectoria puede entenderse mejor este libro.

Al analizar la agricultura española, Naredo utilizaba contabilidad convencional en dinero pero también mediciones físicas de cantidades de energía o de toneladas de materiales. La agricultura tradicional, preindustrial, presentaba un balance energético positivo, es decir, aportaba más energía de la que consumía, mientras que la agricultura resultado de la revolución verde consumía más energía, en forma de combustibles fósiles y maquinaria, que la que proporcionaban sus productos. Esta medición en cantidades de energía o en toneladas no sustituye a la medición en dinero, pero es tan necesaria como la habitual de los economistas.

El de 1987 es un texto de historia de pensamiento económico, que pretende explicar lo inadecuado de los conceptos clave de la economía convencional. Porque además de estudios concretos que apliquen un enfoque multidisciplinar, hacen falta reflexiones más generales para entender por qué los economistas seguimos haciendo más o menos lo mismo que participemos en discusiones metodológicas.

* Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Departamento «Historia e Instituciones Económicas I» (manuel santos@ccee.ucm.es).